

La suerte de las armas se había mostrado propicia al intento de Lavalleja y de sus heroicos compañeros; pero ellos estaban en el comienzo de una obra colosal. No contando con más recursos que los propios, que eran muy escasos, sin apoyo directo ni indirecto de los gobiernos vecinos, empezaban a palpar los graves inconvenientes de la empresa y a comprender lo serio de la aventura, para cuyo complemento érales preciso el concurso del genio militar ó ingentes sumas de dinero.

Los hechos fundamentales se habían consumado con trabazón lógica, preparando acaso al país para una vida ficticia, ó por lo menos agitada y turbulenta.

La representación nacional convocada, ardiendo el país en dura guerra, había elegido en uso de sus facultades un gobierno efectivo y diputados al congreso argentino; lo mismo que Artigas hiciera en otro tiempo y bajo el imperio de otras circunstancias.

Pero antes de producirse este hecho y las declaraciones notables de la asamblea, supose que el gobierno de Buenos Aires había dispuesto se formase un ejército de observación en la línea del Uruguay al mando del general Martín Rodríguez.

Cuando este jefe pasó á recibirse de su puesto, una versión alarmante circuló en esos momentos, y subsistió mucho después.

Se dijo que el general Rodríguez llevaba órdenes para aprehender al brigadier Lavalleja, y remitirlo á Buenos Aires.

Esta especie fué adquiriendo cada día mayor crédito, sin que el tiempo y los sucesos la desvanecieran.

Subsistía el rumor entre los orientales, y estos se lo explicaban claramente.

La diplomacia argentina, que había traído á Lecor,

trataba de mantenerlo en el terreno conquistado. Érales entonces forzoso, para merecer el auxilio y provocar la conflagración, dar prueba segura de su lealtad; y así mismo, extender su acción y su poder en el territorio por una victoria ruidosa.

En caso feliz, el apoyo sobrevendría por el exceso mismo del mal que perturbaba profundamente el equilibrio de la vasta zona. Si el éxito era desgraciado, los vencidos no debían esperar más que la prisión y el proceso.

A esta triste alternativa estaba condenado el ideal de la aventura, por la política insensible y la fría diplomacia. Entre esos dos hielos se encontraba la aspiración ardiente de los débiles, que todo lo fiaban á los milagros del valor.

Era necesario dar la prenda.

El brigadier Lavalleja sometió la dirección de la empresa militar al poder ejecutivo de la república, ofreciendo así prueba eminente de espíritu de orden.

Este compromiso no fué aceptado.

La resistencia del gobierno general á tomar cualquiera intervención explícita, quedó escusada legalmente por preceptos que era preciso llenar de un modo solemne.

Contra esa resolución se habían estrellado todos los esfuerzos y los ruegos del pueblo oprimido;

las vehementes insinuaciones del espíritu nacional; los argumentos de los tribunos y del patriotismo exaltado.

Indispensable era que el denuedo de los nativos, luchando solos con el enemigo común, rompiese aquella barrera consagrando su *afin constante* con un triunfo memorable; y preciso era que ellos confirmasen los votos protestados por su libertador, por medio de un acto armónico con sus instituciones.

Lo primero se ansiaba día tras día soñándose con una aurora de una jornada cruenta, pero fecunda, que despejase un poco los horizontes del porvenir; lo segundo se había hecho por una asamblea con mandato imperativo, que, en el fondo, no

podía suplantar los efectos de un plebiscito necesario.

En un país de cien mil almas, cuyos ciudadanos sin escuela de gobierno libre eran soldados, y á quienes en esas horas críticas les era corto el tiempo para preocuparse de otra cosa que de batirse á muerte contra un adversario diez veces superior, no debía esperarse tampoco que la voluntad del conjunto, la expresión meditada y tranquila de la voluntad soberana, se manifestase por otros medios más correctos.

El día 25 de Agosto la asamblea había declarado al país, de hecho y de derecho, libre é independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo; y en pos de esta declaratoria viril, hecha en medio de zozobras y peligros, había dictado también la ley que lo incorporaba á las provincias unidas del Plata, como porción integrante de su antigua soberanía.

Era ésta, sin duda, una concepción más clara y luminosa de la patria, cuyo sol debía nacer en el

confin sur brasileño y hundirse detrás de los Andes, después de alumbrar inmensas regiones destinadas todas á las razas laboriosas del mundo y á todas las libertades sin arraigo en las naciones caducas; era el haz de fuerzas que hacían la solidaridad perseguida, la cohesión de los medios y la armonía en los fines, dando aparente solución al problema del equilibrio platense.

Aparente, porque no invocaba el imperio iguales títulos que su rival á la posesión y exclusivo dominio de la tierra disputada, y no eran sus pretensiones antecedentes de funesto augurio para el futuro?

La fórmula de incorporación, que era en sí misma expresión de poder y de fuerza, resultaba para el dominador impuesta por la brutalidad de los hechos, y como un reto á su soberanía, por cuanto los nativos, años atrás, habían resuelto la anexión al imperio por intermedio de sus cabildos, únicos cuerpos de carácter representativo y popular.

En esta grave querrela, para nada tenía en cuenta el Brasil que los orientales no querían en el fondo lo que sus cabildos hicieron: ni Buenos Aires se daba por entendido tampoco de que la célebre declaratoria no era un acto espontáneo de los pueblos oprimidos.

Dirimían sus antagonismos sin consideración á



Brigadier General
Juan Antonio Lavalleja